

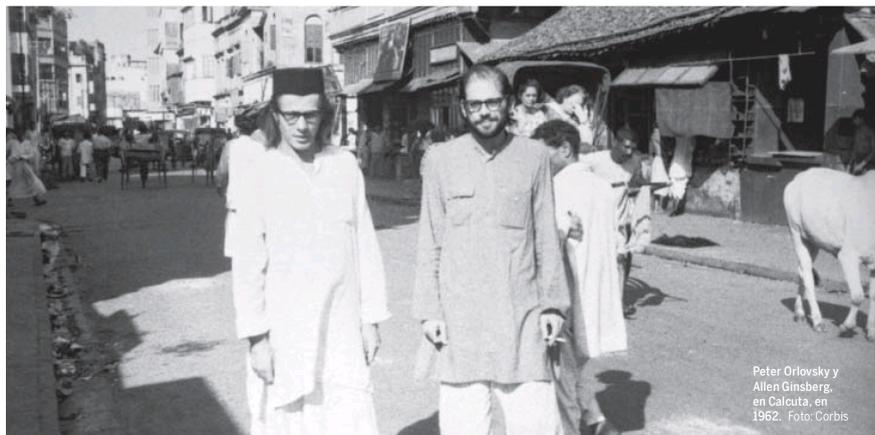
Los 'beat' y la esperanza salvaje

Allen Ginsberg se trasladó a la India en los sesenta y arrastró a sus compañeros de generación hacia las filosofías orientales. Tres libros permiten recorrer aquel viaje. Por Jesús Aguado

CUANDO ALLEN GINSBERG llega a la India con su compañero, Peter Orlovsky, en 1962 para pasar 15 meses, acaba de publicar *Kaddish*, el largo poema dedicado a su madre muerta que es su obra maestra y algo más: el testimonio de que ha dejado de ser un niño ("Mi infancia se fue con mi madre") y que, por tanto, tiene que hacer algo para merecerse una mayoría de edad que necesita para estar a la altura de sus objetivos. Esos objetivos, claros desde que William Blake le hablara una década atrás, una visión que marcó el resto de su trayectoria literaria y vital, no eran otros que convertirse en "la voz de las masas" y en "un santo".

La India tenía que ayudarlo a eso proporcionándole un maestro y modificando su percepción de la realidad. También hablándole en otro tono de la muerte: la de su madre, que llevaba muriendo toda la vida a causa de sus desórdenes mentales, y la suya propia, que se le aparecía como un fantasma emboscada en las drogas, los amantes, los versos o los viajes. Después de que *Kaddish* —el testimonio de un amor que corta el aliento— viera la luz, ya estaba preparado para el siguiente paso: hacerse adulto en la India.

Lo que pasó allí lo han contado el propio Ginsberg (sobre todo en sus diarios, publicados por Escalera en 2013, y en su correspondencia) y sus compañeros de aventura: Gary Snyder, Joanne Kyger y Peter Orlovsky, que se unieron a él en todo o en parte del trayecto; y Gregory Corso, Jack Kerouac o William Burroughs, que planearon hacerlo, pero que se limitaron a ser apasionados testigos a distancia. Pero lo han hecho, en términos narrativos o psicológicos, de manera fragmentaria, interesada, negligente y contradictoria. Deborah Baker, con todos esos testimonios, ha reconstruido en *La mano azul* ese periplo. Y aunque lo suyo es un ensayo riguroso, fruto de su gran erudición y del conocimiento del país, donde reside parte del año, el resultado se lee como una novela: porque consigue enhebrar, con todos esos datos, un argumento (el de una búsqueda, el de las relaciones mutuas, el de una época ávida de cambios), por la estructura no lineal que utiliza (hay saltos temporales y biográficos que, como en las obras de género policíaco, dosifican la información e intensifican la intriga) y porque la sensación que deja en el lector es la de estar escuchando una especie de fábula que trasciende el riquísimo anecdotario de sus protagonistas. También porque les dedica casi más páginas a los personajes secundarios, que son los que le dan cuerpo y credibilidad a la historia, que a los canónicos. Algunos de ellos son seres anónimos (leprosos, mendigos, santones), pero otros tienen nombre y apellido: Pupal Jayakar, Nagendra Nath, Meher Baba, Buddhadev Bose, Elise Cowen, Asoke Sarkar, Swami Sivvananda, Swami Sri Shivalingam, Manjula Mitra o poetas bengalíes de la Generación Hambrienta agrupados en torno a la revista *Krittibas* —donde se publicó una versión de *Kaddish*— como Sunil Gangopadhyay, Shakti Chattopadhyay o Utpal Kumar Basu. De entre estos, la que más destaca, hasta el punto de que es casi el eje invisible del libro, un centro hacia el que irradian todos los demás, es una misteriosa mujer llamada Hope Savage. Esperanza Salvaje. Deborah Baker nos cuenta que pertenecía a una familia adinerada, que fue novia o algo parecido de Gregory Corso, que se fue de su casa siendo muy joven para recorrer el mundo



Peter Orlovsky y Allen Ginsberg, en Calcuta, en 1962. Foto: Corbis

A la misteriosa Hope Savage, que se deshacía de sus compañeros de viaje para fomentar el desarraigo, se la relacionó con la CIA

sola (vivió en Grecia, Irán, Afganistán, Adén y la India, y aprendió árabe, urdu, hindi, sánscrito y alemán), que se deshacía de sus eventuales compañeros de camino para fomentar el desarraigo, que fue comparada con Shelley y con Rimbaud, que en muchos sitios creían que era espía de la CIA, que frecuentó a Ginsberg y Orlovsky en Calcuta (el primero se encargaba de enviarle noticias suyas a Corso para animarle a unirse a ellos) y que su pista desaparece en 1963. Baker, según confiesa, la ha intentado encontrar sin éxito en Oriente y en Occidente, y de manera indirecta nos hace creer que este libro extraordinario ha sido escrito

espolcado por esa búsqueda y con los materiales del fracaso subsiguiente.

Esperanza Salvaje: una mujer que se desvanece en el aire y una fórmula que resume la poética *beat*, que lucha con uñas y dientes contra el conformismo de lo consabido y contra las poderosas desesperaciones institucionalizadas. Una esperanza salvaje también la que embarga a Kerouac cuando se dedica durante un año, 1955, a interrogar al budismo acerca de la esencia de las dos cosas que entonces le atormentaban: la realidad (porque llevaba una década coleccionando irrealidades) y la mente (porque el alcohol y sucesivos desamores habían hecho añicos la suya). Es entonces cuando descubre la verdad que novela en *Los vagabundos del dharma*, que es de 1958: que solo el amor divino (beatífico) y la compasión que encarnan Buda y Jesús pueden salvarlo a uno. Él, que pudo haber sido "el mayor *bodhisatva* de los cincuenta" (para Robert Thurman, hagiográfico prologuista de *Despierta*, lo fue), no supo pagar el precio que había que pagar para llegar a ser eso, pero, a cambio, dejó esta obra, que no se publicó

como libro hasta 2008, intensa, bien escrita (con un ritmo, un uso de recursos expresivos y una precisión terminológica a los que no siempre es fiel la traducción) y fruto de un gran conocimiento de algunas fuentes budistas, en especial el *Sutra Surangama*.

Kerouac encarnó una modalidad de esperanza salvaje que le ató de pies y manos en el patio de una casa prestada mientras memorizaba pasajes de la vida de Buda. La esperanza salvaje de Ginsberg, por su parte, le llevó a meditar en el mismo árbol bajo el que Buda se iluminó y a visitar al Dalái Lama y a muchos otros maestros. Entre medias, el espectro de Hope Savage haciendo de puente invisible entre uno y el otro. •

La mano azul. La generación beat en la India. Deborah Baker. Traducción de David Paradelá. Fórcola. Madrid, 2015. 300 páginas. 22,50 euros.

Despierta. Una vida del Buda. Jack Kerouac. Traducción de Nahuel Cristian. Hapi Books. Madrid, 2015. 160 páginas. 15 euros.

Kaddish. Allen Ginsberg. Traducción de Rodrigo Olavarria. Anagrama. Barcelona, 2015. 208 páginas. 17,90 euros.

Mujeres extraterrestres

Beat Attitude rescata las intensas voces poéticas de una decena de mujeres que hicieron la revolución y el amor

CLARO QUE HUBO MUJERES *beat*. Gracias a libros como éste, que recoge poemas de 10 de ellas, nos vamos enterando, las vamos escuchando. Vivieron y viven a la sombra de sus compañeros varones, pero no tienen nada que envidiarles. Son intensas, escriben muy bien, no tienen complejos, hacen la revolución y el amor, no se dejan tiranizar y, cuando toca, se van con la música a otra parte. Hablan de la menstruación (Diane di Prima se queja de que en esos momentos su amigo se desentiende de ella: Anne Waldman, sin embargo, advierte a los hombres para que no la toquen cuando "las palabras bajan hasta el vientre"), de bebés (a uno aún no nacido le promete Diane di Prima enseñarle a amar, hay otro que vomita en un bus de Hettie Jones, a un tercero Joanne Kyger amenaza con quemarlo para hacerlo más real), del sexo ("te amo / tu

polla en mi mano / se agita como un pájaro", escribe Lenore Kandel, a lo que parece replicar Elise Cowen: "Quiero un coño de placer dorado más puro que la heroína", y corregir a ambas Mary Norbert Körte cuando aconseja "aparearnos con el sol"), de mitos (que "son ciertos" para Ruth Weiss, la cual renunció a las mayúsculas como crítica a su idioma materno, el alemán, y que les lleva a hablar de Ishtar, Eros y Psique, Afroditá, Kali o Perséfone). También aparece con frecuencia ese ángel tutelar hermafrodita que fue Allen Ginsberg: como amante de Cowen (que se suicidó con menos de 30 años y cuyos padres quemaron buena parte de sus manuscritos por contener referencias a su lesbianismo y su adicción a las drogas), en un poema de Norbert Körte (monja y luego activista, y tan cercana a Gary Snyder en su devoción por la naturaleza y la oración y el amor a los ciervos) titulado "Eddie Mae la cocinera sueña que la hermana Mary se fuga con Allen Ginsberg", y en otro de Waldman en el que recrimina a su famoso y genial amigo por ser "tan convencional", por no sentirse bien, por ser un "sabelotodo" o por su avidez "de tierna carne de muchacho".

Beat Attitude es un libro que sobrecoge, emociona y da rabia: porque cómo es posible que seamos casi todos expertos en autores *beats* y se nos hayan pasado por alto estas mujeres, cómo decirlo, extraterrestres. • J. A.

Beat Attitude. Varios autores. Traducción, selección y prólogo de Annalisa Mari Pegrum. Bartleby Editores. Madrid, 2015. 204 páginas. 15 euros.